



Acompañante

P. Esteban Gumucio

Venías con temor a decirme tus cosas bellas y tus oscuras entrañas que apenas conocías. Venías con temor a buscar espejo donde mirarte. Buscabas un corazón que te escuchara sin sorprenderse.

Y yo estaba frente a ti con todas mis poquedades. No quería ser tu juez, ni tampoco juzgado.

Malamente sentado en el sitial del Maestro, prefería estar de tu lado, abierto a todo lo tuyo,

tímido y cordial conjuntamente. No sabía cómo ser tu amigo consejero, siendo tan torpe en mi pobre geografía; pero yo sabía, yo creía, yo estaba seguro que Jesucristo, mi Señor, era también el tuyo. Y me decía: “Él es el Camino”. Y está aquí entre los dos, dentro de los

dos, luz del alma, tuya y mía.

Entonces aprendí a escucharte con el verdadero interés de un padre o una madre, a la manera del Corazón de Cristo, abriéndote mi puerta interior, ésa por donde entra lo que amo: pequeña puerta íntima por donde viene Jesús derramando Su Espíritu. Acepté tu persona desde dentro de mi ser: tal como eres a los ojos del Padre; sin conocerte como te conoce Él; pero confiado, seguro. Gozando de tu verdad que no conozco sino en la corta medida de tus palabras titubeantes, imprecisas, llenas de sentimientos imposibles de traducir adecuadamente.

Quizás me estás diciendo lo que no has dicho a nadie, ni siquiera a ti mismo...

Tu verdad empieza descubrir sus propios senderos, y yo no quisiera distraerte de tu difícil

cometido, por respeto profundo a tu persona tal como eres, tal como caminas entre zarzamoras y espinas. Escucharte y seguir tu ruta silenciosamente es una forma de amarte, es una experiencia de la paciencia de la Encarnación del Verbo.

Amigo, hermano, tú me estás enseñando a ser tu acompañante, tu guardaespaldas. Tú mismo me confías la tarea de ayudarte, a tomar contacto con el Único que tiene derecho a

pastorear tu vida. Yo sólo debo hablar lo justo y necesario, como esos letreros que ha de leer el caminante para no extraviar sus pasos: “Tome su derecha”, “Camino sin salida”, “Zona de curvas”.

Jesús me dice: “Yo voy con él. No es necesario que subas la montaña cantando tus propias

canciones. Deja de cantar que vamos de repechada y es tiempo de respirar... Deja que tu acompañado escuche la canción de mi Espíritu. Tú, alégrate con él... y camina. El niño – recuerda– hace preguntas que ya tiene respondidas. Sólo espera que tú te intereses en sus preguntas y sus respuestas. ¿No es cierto mamá, que las vacas son más grandes que los conejos? ... Sí, hijo mío, dijo la mujer. Y, ¿no es cierto que el tío Armando está un poco sordo? ... Sí, hijo mío, dijo la mujer...y sonreía, dándole la mano al niño.